

Sala en casa de Rodrigo, en Valmadrigal.

ESCENA VII.

VILLANOS, cantando y bailando; RODRIGO, vestido de campo; JIMENA.

VILLANOS. (Cantando.)
 Quien se quiera solazar
 Vengase á Valmadrigal.
 Mala pascua é malos años
 Para cortes é ciudades:
 Aquí abundan las verdades,
 Allí abundan los engaños;
 Los bollicios é los daños
 Allí non dejan vagar.
 ¿Quién se quiere solazar?

JIMENA.
 Non bailades ende más,
 Non fagades más festejo;
 Que finca el mueso señor
 Todo amarrido é mal trecho.
 Tiradvos; que en poridad
 Yo, que por fijo le tengo,
 Con él quiero departir
 Sobre sus cuitas é duelos.

VILLANO 1.º
 Bien digo yo, que non pracen
 Folguras al mueso dueño.

VILLANO 2.º
 Pues se ha venido á la villa,
 Fecho le habrán algun tuerto.
 (Vanse los villanos.)

ESCENA VIII.

RODRIGO, JIMENA.

JIMENA.
 Mi Rodrigo, ¿qué tenedes?
 Esfogad conmigo el pecho,
 Si vos miembra que del mio
 Vos di el primer alimento.
 Ama vuesa so, Rodrigo:
 A nadie el vueso secreto
 Podedes mejor fiar;
 Que como madre vos quiero.

RODRIGO.
 De tu amor y tu intencion,
 Jimena, estoy satisfecho;
 Mas no hay alivio en mis penas,
 Ni en mis desdichas remedio.
 Si descansara en contarlas,
 Las fiara de tu pecho;
 Mas con la memoria crece
 El dolor y el sentimiento.

JIMENA.
 Si alguno desmesurado
 Vos ha fecho algun deunesto,
 E por secreto joicio
 Non vos cumpre desfacello.
 Por vuestas manos, Rodrigo,
 Magüer que ha tollido el tiempo,
 Tanta posanza á las mias,
 E que so fembra, me ofrezco
 A magollar á puñadas
 A quien vos praza, los huesos;
 Que en toda muesa montaña
 Non ye leon bravo é fiero
 A quien yo con los mis brazos
 Non dé la muerte sin fierro.

RODRIGO.
 Ya sé tus valientes brios,
 Y los sabe todo el reino;
 Pero la suerte se sufre,
 No se vence con esfuerzo;
 Que bien conoces del mio
 Que, á ser humano sujeto
 Quien me ofende, sin tu ayuda,

Supuesto que te agradezco
La voluntad, me vengara.

ESCENA IX.

UN PAJE.—Dichos.

PAJE.
 Un hidalgo forastero
 A solas te quiere hablar.

RODRIGO.
 Entre.—Y tú, Jimena, luego
 (Vase el paje.)
 A verme puedes volver.

JIMENA.
 De buen grado. (Ap. Pues secreto
 Quiere fabrar, escochar
 Sus poridades pretendo;
 Quizás desta malandanza
 Podré saber el comienzo.)

(Retrase y se pone detras de una
 puerta á escuchar.)

ESCENA X.

EL REY DON SANCHE, de camino.—
RODRIGO, JIMENA, al paño.

DON SANCHE.
 Rodrigo de Villagómez,
 ¿Conoceisme?

RODRIGO.
 Si no niego
 Crédito á los ojos míos,
 Y si en lugar tan pequeño
 Tanta grandeza cupiera,
 Juzgara que es el que veo
 Don Sancho, rey de Navarra.

DON SANCHE.
 El mismo soy.

RODRIGO.
 Pues, ¿qué es esto?
 ¿Vuestra majestad, señor,
 Solo y fuera de su reino!

JIMENA. (Ap. al paño.)
 ¡Válasme, san Salvador!

DON SANCHE.
 Villagómez, mis sucesos
 Me trajeron á Leon,
 Y á Valmadrigal los vuestros.
 Mas no estéis así; cubrios.

RODRIGO.
 Señor...
 DON SANCHE.
 Rodrigo, cubierto
 Ha de estar el que merece
 Que un rey le visite.

RODRIGO.
 Haré lo
 Porque vos me lo mandais;
 Que si el estar descubierto,
 Rey don Sancho, es respetaros,
 Cubrirme es obedeceros. (Cúbrese.)

DON SANCHE.
 Si fuérades mi vasallo,
 Hiciera con vos lo mesmo;
 Que de vuestra ilustre casa
 Sé bien los merecimientos.
 Mas porque esta novedad
 Con causa os tendrá suspenso,
 Os diré en breves razones
 La ocasion.

RODRIGO.
 Ya estoy atento.

DON SANCHE.
 La bella Mayor, infanta

De Castilla, á cuyo empleo
 Aspiré, solicité
 De suerte mis pensamientos,
 Que yo en persona parti
 A Castilla á los conciertos,
 Para obligar con finezas
 Más que con merecimientos.
 Mas no por esto he dejado
 De malograr mis deseos,
 Porque á los más diligentes
 Ama la fortuna ménos.
 El conde Sancho García,
 Su padre, al fin ha resuelto
 Hacer al rey de Leon,
 Alfonso el Quinto, su yerno.
 Yo, pérdida esta esperanza,
 De Castilla parti luego;
 Y porque es tiempo de dar
 Sucesores á mi reino,
 A doña Teresa, hermana
 De Alfonso, los pensamientos
 Volví; y queriendo informar
 Por los ojos el deseo,
 Quise pasar por Leon
 Disfrazado y encubierto,
 Por ver primero á Teresa,
 Que declarase mi intento.
 Prevencion fué provechosa,
 Pues la libertad y el seso
 He perdido por Elvira,
 Hija del conde Melendo;
 Y porque de la ventaja
 No dudase, ordené el cielo
 Que con la Infanta la viesse.
 Al fin, la ví; que con esto,
 Pues la conoceis, Rodrigo,
 He dicho lo que padezco,
 Y que á darle la corona
 De Navarra me resuelvo.

Pues como para tratarlo
 Os eligiese, sabiendo
 Que del conde de Galicia
 Sois amigo tan estrecho,
 De la mudanza del Rey
 Y vuestro retiramiento
 Me han informado; y así
 Con dos fines parti á veros:
 Uno, pedir que tratéis
 Mis intentos con Melendo;
 Y otro ofreceros, no solo
 Un estado, mas un reino
 Si á Navarra quereis iros,
 Y si ganáros merezco.

Quando Alfonso no rehusa
 Perder tanto con perdersos.
 JIMENA. (Ap. al paño.)
 ¿Que al Rey tenedes sañudo,
 Rodrigo? Mas en el suelo,
 ¿Quién si non el Rey pudiera
 De mal talante ponervos?

RODRIGO.
 Señor, en cuanto á mí toca,
 La merced os agradezco;
 Pero de Alfonso hasta aquí
 Ni me agravio ni me quejo,
 Para que me ausente dél;
 Que de su privanza es dueño,
 Y la agradezco gozada,
 Y perdida no me ofendo.

En cuanto á Elvira, señor...
 (Ap. Pues conlicito intento
 La adora Alfonso, y don Sancho
 Para legitimo dueño,
 Perdona si en estas bodas
 Quiero servir de tercero.)

DON SANCHE.
 Rodrigo, ¿dudais?

RODRIGO.
 Estoy pensando que es ofenderos

DON SANCHE.
 Es precepto, mas ninguno

Admitir la tercería;
 Que vuestros merecimientos,
 Vanidad, no dicha sola,
 Darán á Elvira y Melendo:
 Y así, no es bien que mostreis
 Desconfianza. Vos mesmo
 Ganad, señor, las albricias
 De su ventura con ellos.

DON SANCHE.
 No os hago porque me falte
 Confianza mi tercero,
 Sino porque nadie sepa
 Que estoy en Leon.

RODRIGO.
 En eso
 Del Conde podeis fiar
 Lo que fiáis de mi pecho.

ESCENA XI.

UN PAJE.—Dichos.

EL PAJE.
 En Valmadrigal ha entrado
 Agora el conde Melendo
 Con sus dos hijas hermosas.

RODRIGO.
 ¡Válgame Dios! (Ap. Ya recelo
 Alguna gran novedad.)
 El ha venido á buen tiempo.
 Yo le salgo á recibir
 Y apercebirle el secreto,
 Para que en viéndolos, señor,
 Disimule el conoceros. (Vase.)

DON SANCHE.
 Id delante; que yo os sigo. (Vase.)
 JIMENA.
 ¿Rodrigo, el conde Melendo,
 Sus fijas y el rey don Sancho
 En Valmadrigal! ¿Qué ye esto?
 O la fortuna ensandece,
 O Leon finca revuelto. (Vase.)

Salon de palacio en Leon.

ESCENA XII.

RAMIRO, CUARESMA.

CUARESMA.
 En efeto, ¿la privanza
 Del Rey animo tu amor
 Para poner en Leonor
 Atrevido la esperanza?

RAMIRO.
 En mi valor y nobleza
 No fuera amarla delito;
 Mas por pobre necesito
 De la gracia de su alteza
 Para alcanzar su beldad.

CUARESMA.
 Está bien; mas fuera justo
 No tomar cosas de gusto
 Con tanta incomodidad;
 Que rondar la noche toda,
 Señor, sin haber cenado,
 Es querer un desposado
 Más su muerte que su boda.

RAMIRO.
 ¿Aun dura?...
 CUARESMA.
 ¿No ha de durar,
 Pues aun el dèsmayo dura?
 ¿Piensas que soy por ventura
 Cuaresma por ayunar?
 Ayunar á la Cuaresma
 Es precepto, mas ninguno

Podrá decir que al ayuno
Está obligada ella mesma.

RAMIRO.
 Haz pues en ti consecuencia;
 Que por cuaresma ó por santo
 No te ayunarán, pues tanto
 Aborreces la abstinencia.

CUARESMA.
 Antes yo siempre entendi
 Que comiendo bien, seré
 Un santo:—y lo probaré,
 Si escucharme quierdes.

RAMIRO.
 Di.

CUARESMA.
 Quien come bien, bebe bien;
 Quien bien bebe, concederme
 Es forzoso que bien duerma;
 Quien duerme, no peca; y quien
 No peca, es caso notorio
 Que si bautizado está,
 A gozar del cielo va
 Sin tocar el purgatorio.
 Esto arguye perfeccion:
 Luego segun los efetos,
 Si son santos los perfetos,
 Los que comen bien, lo son.

RAMIRO.
 Calvino solo aconseje
 Amar esa santidad.

CUARESMA.
 La hambre es necesidad
 Y tiene cara de hereje,
 Y fué tal la que pasé...
 Del miedo no digo nada.
 Pero ya que está pasada,
 Dime, ¿de qué fruto fué
 Tanto trasnochar?

RAMIRO.
 De hacer

Méritos con mi Leonor.

CUARESMA.
 ¿Si no lo sabe, señor?

RAMIRO.
 ¿No lo pudiera saber?

CUARESMA.
 Sacó la espada un valiente
 Contra un gallina, y huyendo
 El cobarde, iba diciendo:
 «Hombre, que me has muerto, tente.»
 Acudió gente al ruido,
 Y uno, que llegó á buscarle
 La herida para curarle,
 Viendo que no estaba herido,
 Dijo: «¿Qué os pudo obligar
 A decir, si no os hirió,
 Que os ha muerto?» Y respondió:
 «¿No me pudiera matar?»—
 Así tú, porque pudiera
 Saberlo doña Leonor,
 Haces lo mismo, señor,
 Que hicieras si lo supiera.

RAMIRO.
 Dices bien, y un papel quiero
 Que le diga mi cuidado,
 Y que Nuño, su criado,
 Le lleve.

CUARESMA.
 ¿No es el portero
 De su casa?

RAMIRO.
 Si: á llamalle
 Parte al punto con secreto.

CUARESMA.
 Eso yo te lo prometo.
 Mándame, señor, que calle,

Que es una virtud que pocos
 Gozan; y no sin cenar
 Trasnochar y pelear;
 Que esas son cosas de locos. (Vase.)

RAMIRO.
 ¿Que dilate el Rey mi intento,
 Pudiendo, si el labio mueve,
 Reducir á un punto breve
 Tantos siglos de tormento?

ESCENA XIII.

EL REY.—RAMIRO.

REY.
 Ramiro amigo...

RAMIRO.
 Señor...

REY.
 Ya conozco en mi impaciencia
 Que es la misma resistencia
 Incentivo del amor.
 Prometi mudar intento;
 Pero con la privacion
 Ha crecido la pasion
 Y menguado el sufrimiento;
 Y cuando mal los desvelos
 Resistia del amor,
 Llegaron con más rigor
 A la batalla los celos.
 Los celos que me ha causado
 Villagómez me han vencido;
 Y se muestra enamorado
 Bien sé que sale esta flecha
 De la aljaba del temor,
 Y finge amor á Leonor
 Por desmentir la sospecha.
 ¿Qué haré en confusion igual,
 Cuando me obliga á morir
 El amor, ó á no cumplir
 La fe y palabra real?

RAMIRO.
 ¿Que Villagómez pidió
 A Leonor?

REY.
 El Conde ayer,
 Para hacerla su mujer
 A pedirme se atrevió
 Licencia.

RAMIRO.
 ¿Y qué respondiste?

REY.
 Neguéla; que no me olvido
 De que te la he prometido.

RAMIRO.
 No ménos merced me hiciste
 Que provecho á tu aficion,
 Si has de seguir tu cuidado;
 Porque es tan loco, de honrado,
 Rodrigo, y en su opinion
 Los breves átomos mira
 Con tan necia sutileza,
 Que estorbará á vuestra alteza,
 Siendo cuñado de Elvira,
 Como si su esposo fuera;
 Sin advertir que las leyes
 En las manos de los reyes
 Que las hacen, son de cera;
 Y que puede un rey, que intenta
 Que valga por ley su gusto,
 Hacer licito lo injusto
 Y hacer honrosa la afrenta,
 Pues del vasallo al señor.
 Es tanta la diferencia,
 Que con ella es la indecencia
 Recompensa del error.

REY.
 Ramiro, con justa ley

Te doy el lugar primero
Por amigo verdadero,
Y vasallo que del rey
Venera la majestad
Y conoce la distancia;
Pues no hacerlo es arrogancia,
Que se atreve á deslealtad;
Sepa á lisonja ó engaño
Lo que dices; que en efecto
Es la lisonja respeto
Y atrevido el desengaño.

ESCENA XIV.

MENDO, de camino, con dos pliegos.—
DICHOS.

Dame, gran señor, los piés.

Vengas muy en hora buena,
Mendo; que estaba con pena
De tu tardanza.

Del conde Sancho García,
Y las capitulaciones
De las bodas que dispones,
En este pliego te envía.

(Dale los pliegos.)

¿Cómo está?

Bueno está el Conde.

¿Y Mayor?

Tambien.

¿Es bella?

La fama, señor, por ella
Sin lisonja te responde.

ESCENA XV.

CUARESMA. — DICHOS.

CUARESMA. (Ap. á Ramiro, mientras el
Rey lee.)

Señor...

¿Qué tenemos?

Nada,

Y mucho peor.

Háblame claro.

Nos ha dado cantonada.

¿Cómo?

Con su casa el Conde
De la corte se ha partido.

¿Qué dices?

Lo que has oído.

¿Y has sabido para adónde?

Dicen que á Valmadrigal
Se retira.

RAMIRO. (Ap.)
¿Oh santos cielos!
¿Esto más porque á mis celos
Crezca la furia mortal?

Estas capitulaciones
Importa comunicar
Con Melendo.

Su parecer te dispones,
Segun agora he sabido,
A Valmadrigal, señor,
Con Elvira y con Leonor
Esta mañana ha partido.

¿Qué dices? Sin mi licencia
Se ha ausentado de Leon;
Y para darme ocasion
A que pierda la paciencia,
Sin recelar mis enojos,
A quien sabe que me ofende
Busca! Sin duda pretende
Quebrarme el Conde los ojos,
Y sabe á poca lealtad
Y á conspiracion su intento.

Tan breve retiroamiento,
Señor, sin tu voluntad,
O mucha resolucion
O poco respeto ha sido.

De cólera estoy perdido.

Ya no sufre el corazon
El incendio, ya la mina
De celos y amor revienta;
Que pues el Conde se ausenta
Sin mi licencia, imagina
Que mi palabra rompía...
—Y ya lo hará mi pasion;
Que quita la obligacion
Quien muestra que desconfía.

Vén, Ramiro; que al dolor
Más dilacion no permito.

Lícito es cualquier delito
Para no morir de amor.

Campo de Valmadrigal.

ESCENA XVI.
JIMENA, ELVIRA, LEONOR.

Por la mi fe, Leonor, que yo vos quiero
Tanto de corazon, porque el mio hijo
Plañe por vuestro amor, que nin otero,
Nin prado, fuente, bosque, nin cortijo
Me solazan sin vos; é compridero
Fuera ademas, magüer que el Rey non

Donar para las bodas su mandado,
Que las fagades vos, mal de su grado.
¿Qué puede lacerar en las sus tierras
Rodrigo si por novia vos alcanza?
De caza abundan estas altas sierras,
Frutos ofrece el valle en abastanza:
Fuya dende las cortes é las guerras,
Viva entre sus pecheros con folganza,
Su mosto estruje, siegue sus espigas,
Goce su esposa, é déle al Rey dos figas.

Resuelta es la villana.

Desengañada.

LEONOR.
Con el Rey, Jimena, ¿nos
Tienen por deshonor los hombres bue-
Solo un punto exceder de lo que ordena.

Non ye caso, Leonor, de valer ménos,
Nin traspasa la jura, nin de pena
Justa será merecedor por ende,
Si face tuerto el Rey, quien no le atien-
E Rodrigo además tiene posanza, [de.
Si le asmare facer desaguizado,
Para que nin le venga malandanza
Nin cuide ser por armas astragado. [za
É á Dios pluguiera que su aventuran-
Estuviera en la lid, magüer que he an-

Lo más ya del vivir! que á fe de buena,
Que Leon se membrara de Jimena.
Alfonso me perdona; que ensañada
Fablo lo que nin debo nin ficiera;
Mas como por mio hijo está arrabiada,
Esfogo el mio dolor en tal manera.

Pluguiera á Dios que el alma enamo-
Como descansas, descansar pudiera,
Diciendo mi dolor y sentimiento,
Aunque las quejas se llevara el viento!
Ah falso Alfonso! Si tu amor constante
Borrar de la memoria has prometido,
¿Cuándo ha cumplido verdadero aman-
Palabra en que el amor es ofendido? [te
Advierte pues que en cada breve ins-
Siglos perdiendo vas; que combatido
Es de otro rey mi pecho, y se defiende
Mal de un amor que obliga amor que

ESCENA XVII.

RODRIGO. — DICHAS.

Náyades bellas desta fuente fria,
Ninfas que gloria sois desta espesura,
¿Por qué esta soledad merece el día?
Por qué goza este soto la luz pura
De vuestros claros soles? Leonor mia,
Bien de mi amor, si no de mi ventura,
¿Por qué, si al campo dan flores tus

Amor, en vez de flores, pisa abrojos?
Porque un amante tan considerado,
Que entre la pretension de los favores
Atento vive á la razon de estado,
Pisar merece abrojos, y no flores.
Holgárame que hubierais escuchado
A Jimena culpar vuestros temores.
Mas no teme quien ama; y así puedo
Culpar en vos más el amor que el miedo.
Al Rey, ni digo yo, ni fuera acierto
Que os opongais, ni yo os lo consintiera;
Mas cuando, amante Júpiter, advierto
Que trocó al suelo la estrellada esfera,
Echo ménos en vos el desconcierto
Que una aficion engendra verdadera,
Y ver quisiera en vuestros pensamientos,
Si no la ejecucion, los movimientos.
No temió la venganza, no la ira
Del fuerte Alcides el centauro Neso,
Cuando ciego de amor, por Deyánira
Despreciando la vida, perdió el seso,
Y por huir la venenosa vira
Del ofendido, con el dulce peso
Corrió, y muriendo al fin, vino á perde-
Mas no la gloria de morir por ella. [lla,
Si resistir al Rey fuera injusticia,
Huir del Rey no fuera resistencia;
Y trocar por Leonor y por Galicia

A Alfonso y á Leon, no es diferencia
Tan grande, que debiera la codicia
Y ambicion ser estorbo de la ausencia.
Mas no lo hagais; que ya me habeis per-

Pues nunca un mal amante es buen ma-

Aguarda, luz hermosa de mis ojos.

Huyendo va como emplumada vira.

Síguela, mi Jimena, y sus enojos
Aplaca, miéntras hablo con Elvira.

Si vos mismo, arrepiso, los hinojos
Fincados, non tirades la su ira,
¿Mal año para vos, que de una pena
Tan cabal guarescades por Jimena!

(Ap. Solo puede culparme quien ignora
La precisa ocasion que me refrena,
Y más cuando al Navarro, que la adora,
Muestra Elvira desden, con que á mi pe-

Aumenta los temores; pues si agora
No puedo persuadirla, me condena
A sospechar del todo que suspira
Por el amor de Alfonso.) Escucha, El-

EL REY, RAMIRO Y CUARESMA, de
camino, sin reparar en RODRIGO y
ELVIRA.

A gozar de la frescura
Del soto, segun me han dicho
Unos villanos, las dos
Con una ama de Rodrigo,
Del lugar se han alejado.

Suerte dichosa habrá sido,
Si ofrece la soledad
Ocasión al un designio
De los dos que de Leon
A esta villa me han traído.

¿No era mejor, pues veniste,
Señor, á prender tú mismo
A Rodrigo, receloso
De que pierda á tus ministros
El respeto, y se declare
Desleal y vengativo,
En su poder y el del Conde
Confiado y atrevido,
Ejecutarlo primero?

De mis intentos, Ramiro,
El más principal es ver
A Elvira, pues es motivo
De los demas; y si tengo
Tanta dicha, que el sombrío
Bosque en soledad me ofrezca
Ocasión, me determino
A no perderla.

Que á Villagómez he visto.

¿Y está con él sola Elvira!

Mentirosas mis sospechas.

Ya el rabioso desatino
De los celos me enloquece.
Mas oigamos escondidos,
Pues ayuda para hacerlo
La espesura deste sitio,
Lo que platican los dos.
(Escúndense entre unos árboles el Rey,
Ramiro y Cuaresma.)

Elvira, mucho me admiro
De que con tal resistencia
De liviana dés indicios.

Te obliga á tal desvario;
Que ¿por cuál otra ocasion
Despreciaras un marido
Que una corona te ofrece?

¡Ah cielos! Corona ha dicho.

Ved si la conspiracion
Alevosa que imagino
Es cierta.

Vuelve en tu acuerdo;
Cobra, Elvira, los sentidos;
Mira que Alfonso se casa
En Castilla, y que contigo
Solo en tu infamia pretende
Alcanzar gustos lascivos;
Y es locura que desprecies
Por un galán un marido
Que te adora y es tu igual.

Que es mi igual dice, Ramiro. (Ap. á él.)

¡Mataréle, vive Dios!

Bien lo merece.

Mucho me espanta y ofende
Que os arrojeis atrevido
A decirme que pensais
Que de liviana resisto;
Que esa licencia le toca
Solo al padre ó al marido,
Y al deudo cercano apénas;
Y vos, ni sois deudo mio,
Ni mi esposo habeis de ser.

Ya la sospecha confirmo
De que es él quien la pretende.

Bien claramente lo ha dicho.

Si no he de ser vuestro esposo,
Tengo, por ser el amigo
Más estrecho de Melendo,
Esta licencia.

ESCENA XIX.

JIMENA. — DICHOS.

Catad que unos cortesanos
En zaga de esos alisos
A vuestras fabras atienden:
Yo con estos ojos mismos
Los vi pasar, é á sabiendas
En pos dellos he venido,
Cuidadosa que os empezcan,
Para vos dar este aviso.

¿Y me habrán oído?

¡Aosadas!
Que están á ojo.

Las dos; que quiero saber
Quién son, y si me han oído,
Examinar su intencion
Y prevenir mi peligro.

Jimena, vamos.

Caminad; que ya vos sigo.

(Ap. A la fe cuido ende al;
Que de mal talante he visto
Los cortesanos, haciendo
Asechanzas á Rodrigo,
É fasta en cabo, cubierta
Fincaré entre estos lentiscos.)

ESCENA XX.

EL REY, RODRIGO, RAMIRO, CUA-
RESMA; JIMENA, oculta.

Elvira se va; mas ya
Villagómez nos ha visto.

¿Qué determinas?

Que estoy loco de ofendido.

¿Válgame Dios! ¿No es el Rey?

¿Vos, gran señor!...

Falso, alevoso!...

Advertid que soy Rodrigo
De Villagómez; y quien
De mi lealtad haya dicho
O pensado cosa injusta,
De vos abajo, ha mentido.

Mis oídos y mis ojos
Han escuchado y han visto
Con Elvira y contra mí
Vuestros alevos designios;
Y porque un vil descendiente
Con el público suplicio
No manche la sangre ilustre
De tantos nobles antiguos,
Pues es por las manos proprias
Del Rey honroso el castigo,
Quiero ocultar vuestra culpa,
Y daros muerte yo mismo.

(Saca la daga y tirale una puntalada,
y Rodrigo con la mano izquierda lo
tiene el brazo.)

Tened el brazo, señor.

Soltad.—Matadle, Ramiro.

(Sacan las espadas, y Rodrigo la saca
con la derecha sin soltar al Rey.)

¡Al Rey te atreves! ¿La espada
Sacas contra el Rey?

La saco, no con el Rey.

JIMENA. (Saliendo de entre las matas.)
¡Ah malas fadas! Rodrigo,
yo me tendré con Alfonso,
vos tenedvos con Ramiro.

(Coge en brazos al Rey, y llévaselo.)

REY.
Suelta, villana. ¡A tu Rey
Te atreves!

JIMENA.
Rey, el mio fijo
Defiendo, non vos ofendo.

(Éntranse acuchillando Rodrigo y Ramiro.)

CUARESMA.
A matar tiran, por Cristo.
Yo me voy á confesar,
Y vuelvo á morir contigo.

ACTO TERCERO.

Campo de Valmadrigal.

ESCENA PRIMERA.

RODRIGO, de villano; JIMENA.

RODRIGO.
Cuéntame cómo escapaste;
Que con el Rey en los brazos
Te dejé, y con gran disgusto
Me ha tenido este cuidado.

JIMENA.
Si yo non pusiera mientes
A que era el Rey, ¡malos años
Para mí, si non pudiera
Como á un pollo espachurrallo!
Asaz lo pricié de recio,
É dije: «¿Tan mal recado
Fizo Rodrigo en servir
De mandadero á don Sancho
Con Elvira, que tirarle
La vida hayades asado?
Si el rey de Navarra á Elvira
Quiere endonar la su mano,
¿En qué vos ha escarnecido,
Que fíncades tan amargo?»
—Estónce me semejo
Que le falleció un cuidado,
É otro le empezó además;
Que pescudo con espanto
Si habládes á Elvira
En persona de don Sancho
Por su amor; é á mala vez
Le respuse que sí, cuando
Con mayor ahincamiento
Quiso escapar de mis brazos,
Dijendo: «Suelta, villana.»
Mas yo, que le vi arrabiado,
Dije: «Alfonso, non cuidedes
Que vos largue fasta en tanto
Que pongades preitesia
De non facer ende daño
Al mi Rodrigo.» A la cima,
Bien de fuerza ó bien de grado,
Fizo el pleito, é yo otrosi
Tiréle luego el embargo,
É homillosamente dije,
Con los hinojos fíncados:
«Rey, ama so de Rodrigo;
Estos pechos le criaron;
En mi amor semejo madre:
Si atendiendo como sabio
É como noble que amor
Torna enfurecido é sandio,
Vos non praxe perdonarme,
Védesme al vuestro mandado.»

JIMENA.
Non, Rodrigo; que los cielos
Más sesuda me guisaron.
Non semejo fembra yo,
É me mandastes callario.

RODRIGO.
Por conocerte, de tí,
Jimena, no me recato.
Mas de Leonor, ¿qué me dices?
¿Está triste? ¿Han eclipsado
Las nubes de mis desgracias
De sus dos ojos los rayos?

JIMENA.
Magüer que el su amor cobija
En vuesa presencia tanto,
Non fallece de plañir
Su laceria é vuestos daños
Agora que vos non ve.

RODRIGO.
¿Ay mi Leonor! Si los hados
Se oponen á mis deseos,
¿Cómo podré contrastarlos?

JIMENA.
Escuchar quiero otrosi,

¡Oh divino encrinamiento!
¡Oh pergeño soberano
De los reyes, que ofendidos
Muestran su nobleza en cabo!
Rodrigo, la nombrada
Que endonaron los ancianos
De rey de las alimañas
Al Leon, non ye por tanto
Que en la posanza las vena
De las sus guarnidas manos,
Si non por ser además
De corazon tan fidalgo,
Que non fiere al homildoso,
Magüer que finque rabiando.
Alfonso de sí respuso
Con talante mesurado:
«Por ser fembra, é porque amor
Vos desculpa, non me ensaño,
É vos dono perdonanza.»
Así me fablaba, cuando
Volvió á le buscar Ramiro,
Dijendo que los villanos
Con el roido bollían
Soberbios é alterados,
É que á non le guarir vos,
Fincara muerto á sus manos.
Sin departir ende al,
Sobieron en sus caballos
Amos á dos, é en el bosque
A mas andar se alongaron.
Desta guisa aconteció.
Con su preito ha asegurado
Non vos empecer Alfonso;
Pero si vos, sin embargo,
Non tenedes seguridad,
Idvos con el rey don Sancho,
Pues vos endonar promete
En la su tierra un buen algo;
Que magüer que la palabra
Obriga á los reyes tanto;
Como nin venganza cabe,
Nin afrenta en ser tan alto,
Pues non ye cosa que pueda
Obscurar al sol los rayos;
Sandio, Rodrigo, seredes
En atender confiado
Nin la fe de un ofendido
Nin la piedad de un contrario.

RODRIGO.
Tus consejos y tu amor
Me obligan, Jimena, tanto,
Cuanto me alegra que Alfonso
Haya tu error perdonado.
Mas ¿dijistele que estaba
En Valmadrigal don Sancho?

JIMENA.
Non, Rodrigo; que los cielos
Más sesuda me guisaron.
Non semejo fembra yo,
É me mandastes callario.

RODRIGO.
Por conocerte, de tí,
Jimena, no me recato.
Mas de Leonor, ¿qué me dices?
¿Está triste? ¿Han eclipsado
Las nubes de mis desgracias
De sus dos ojos los rayos?

JIMENA.
Magüer que el su amor cobija
En vuesa presencia tanto,
Non fallece de plañir
Su laceria é vuestos daños
Agora que vos non ve.

RODRIGO.
¿Ay mi Leonor! Si los hados
Se oponen á mis deseos,
¿Cómo podré contrastarlos?

JIMENA.
Escuchar quiero otrosi,

¡Oh divino encrinamiento!
¡Oh pergeño soberano
De los reyes, que ofendidos
Muestran su nobleza en cabo!
Rodrigo, la nombrada
Que endonaron los ancianos
De rey de las alimañas
Al Leon, non ye por tanto
Que en la posanza las vena
De las sus guarnidas manos,
Si non por ser además
De corazon tan fidalgo,
Que non fiere al homildoso,
Magüer que finque rabiando.
Alfonso de sí respuso
Con talante mesurado:
«Por ser fembra, é porque amor
Vos desculpa, non me ensaño,
É vos dono perdonanza.»
Así me fablaba, cuando
Volvió á le buscar Ramiro,
Dijendo que los villanos
Con el roido bollían
Soberbios é alterados,
É que á non le guarir vos,
Fincara muerto á sus manos.
Sin departir ende al,
Sobieron en sus caballos
Amos á dos, é en el bosque
A mas andar se alongaron.
Desta guisa aconteció.
Con su preito ha asegurado
Non vos empecer Alfonso;
Pero si vos, sin embargo,
Non tenedes seguridad,
Idvos con el rey don Sancho,
Pues vos endonar promete
En la su tierra un buen algo;
Que magüer que la palabra
Obriga á los reyes tanto;
Como nin venganza cabe,
Nin afrenta en ser tan alto,
Pues non ye cosa que pueda
Obscurar al sol los rayos;
Sandio, Rodrigo, seredes
En atender confiado
Nin la fe de un ofendido
Nin la piedad de un contrario.

RODRIGO.
Tus consejos y tu amor
Me obligan, Jimena, tanto,
Cuanto me alegra que Alfonso
Haya tu error perdonado.
Mas ¿dijistele que estaba
En Valmadrigal don Sancho?

JIMENA.
Non, Rodrigo; que los cielos
Más sesuda me guisaron.
Non semejo fembra yo,
É me mandastes callario.

RODRIGO.
Por conocerte, de tí,
Jimena, no me recato.
Mas de Leonor, ¿qué me dices?
¿Está triste? ¿Han eclipsado
Las nubes de mis desgracias
De sus dos ojos los rayos?

JIMENA.
Magüer que el su amor cobija
En vuesa presencia tanto,
Non fallece de plañir
Su laceria é vuestos daños
Agora que vos non ve.

RODRIGO.
¿Ay mi Leonor! Si los hados
Se oponen á mis deseos,
¿Cómo podré contrastarlos?

JIMENA.
Escuchar quiero otrosi,

Villagómez, vuestros casos.

RODRIGO.
Ya viene el conde Melendo,
Y tambien querrá escucharlos.

ESCENA II.

EL CONDE.—Dichos.

CONDE.
¡Rodrigo! Bien puede un día
De ausencia pedir los brazos.

RODRIGO.
Solo por gozar los vuestros
A lo que veis me he arriesgado.

CONDE.
Supuesto que de Jimena
He sabido los agravios
Que intentó haceros el Rey,
Y como para libraros
Ella con él se abrazó
Atrevida, y vos sacando
Contra Ramiro la espada
Os defendistes, aguardo,
Rodrigo, que me informéis
De lo restante del caso.

RODRIGO.
Ramiro esgrimió el acero
Con ánimo tan bizarro
Y con tan valiente brio,
Que no suenan de Vulcano
Los martillos más aprieta
Que los golpes de su brazo.
Es verdad que yo intentaba
Defenderme, no matarlo;
Que respetaba en su pecho
A Alfonso, cuyo mandato
Era mano de su espada,
Como de su vida amparo.
Nunca las valientes lanzas
De escuadrones africanos
El rostro pálido y feo
De la muerte me enseñaron,
Y la vi en la fuerte espada
De Ramiro, ó por ser tanto
Su valor, ó porque yo
En ella miraba un rayo,
Como es Júpiter el Rey,
Por su mano fulminado.
Al fin, como el bosque espeso
Parece que procurando
Ponernos en paz, formaba
A nuestros golpes reparos,
Poniendo en medio á las dos
Espadas troncos y ramos;
Y nuestros agudos filos,
Sin advertir en su daño,
Sus árboles despojaban
De los adornos de Mayo;
Querelloso estremecía
Los montes y valles, dando
Con cada ramo un gemido,
Si con cada golpe un árbol.
O la fama ó el estruendo
Convocó de los villanos
Un ejército sin orden;
Y como precipitado
Con la avenida el arroyo,
A quien la lluvia en verano
Da con el caudal soberbia,
Con que presas rompe, campos
Inunda, troncos arranca,
Lleva de encuentro peñascos;
No de otra suerte la turba
De mis furiosos vasallos
Penetró el bosque, rompiendo
Los jarales intrincados;
Y cual la rabiosa tigre
En los desiertos hircanos
Embiste á quien le pretende

RODRIGO.
Tus consejos y tu amor
Me obligan, Jimena, tanto,
Cuanto me alegra que Alfonso
Haya tu error perdonado.
Mas ¿dijistele que estaba
En Valmadrigal don Sancho?

JIMENA.
Non, Rodrigo; que los cielos
Más sesuda me guisaron.
Non semejo fembra yo,
É me mandastes callario.

RODRIGO.
Por conocerte, de tí,
Jimena, no me recato.
Mas de Leonor, ¿qué me dices?
¿Está triste? ¿Han eclipsado
Las nubes de mis desgracias
De sus dos ojos los rayos?

JIMENA.
Magüer que el su amor cobija
En vuesa presencia tanto,
Non fallece de plañir
Su laceria é vuestos daños
Agora que vos non ve.

RODRIGO.
¿Ay mi Leonor! Si los hados
Se oponen á mis deseos,
¿Cómo podré contrastarlos?

JIMENA.
Escuchar quiero otrosi,

¡Oh divino encrinamiento!
¡Oh pergeño soberano
De los reyes, que ofendidos
Muestran su nobleza en cabo!
Rodrigo, la nombrada
Que endonaron los ancianos
De rey de las alimañas
Al Leon, non ye por tanto
Que en la posanza las vena
De las sus guarnidas manos,
Si non por ser además
De corazon tan fidalgo,
Que non fiere al homildoso,
Magüer que finque rabiando.
Alfonso de sí respuso
Con talante mesurado:
«Por ser fembra, é porque amor
Vos desculpa, non me ensaño,
É vos dono perdonanza.»
Así me fablaba, cuando
Volvió á le buscar Ramiro,
Dijendo que los villanos
Con el roido bollían
Soberbios é alterados,
É que á non le guarir vos,
Fincara muerto á sus manos.
Sin departir ende al,
Sobieron en sus caballos
Amos á dos, é en el bosque
A mas andar se alongaron.
Desta guisa aconteció.
Con su preito ha asegurado
Non vos empecer Alfonso;
Pero si vos, sin embargo,
Non tenedes seguridad,
Idvos con el rey don Sancho,
Pues vos endonar promete
En la su tierra un buen algo;
Que magüer que la palabra
Obriga á los reyes tanto;
Como nin venganza cabe,
Nin afrenta en ser tan alto,
Pues non ye cosa que pueda
Obscurar al sol los rayos;
Sandio, Rodrigo, seredes
En atender confiado
Nin la fe de un ofendido
Nin la piedad de un contrario.

RODRIGO.
Tus consejos y tu amor
Me obligan, Jimena, tanto,
Cuanto me alegra que Alfonso
Haya tu error perdonado.
Mas ¿dijistele que estaba
En Valmadrigal don Sancho?

JIMENA.
Non, Rodrigo; que los cielos
Más sesuda me guisaron.
Non semejo fembra yo,
É me mandastes callario.

RODRIGO.
Por conocerte, de tí,
Jimena, no me recato.
Mas de Leonor, ¿qué me dices?
¿Está triste? ¿Han eclipsado
Las nubes de mis desgracias
De sus dos ojos los rayos?

JIMENA.
Magüer que el su amor cobija
En vuesa presencia tanto,
Non fallece de plañir
Su laceria é vuestos daños
Agora que vos non ve.

RODRIGO.
¿Ay mi Leonor! Si los hados
Se oponen á mis deseos,
¿Cómo podré contrastarlos?

JIMENA.
Escuchar quiero otrosi,

Quitar el pequeño parto,
Así en favor y en venganza
De su dueño, se arrojaron
A dar la muerte á Ramiro
Todos juntos los villanos.
Mas yo, que solo atendía
A librarme del Rey, dando
Evidencias del respeto
Y la lealtad que le guardo,
En defensa de Ramiro
El acero vuelvo, y hago
Escudo suyo mi pecho,
Y mi vida su sagrado;
Y no más fácil serena
Las tempestades el arco
Que de cambiantes colores
La frente corona al austro,
Que ya el amor, ya el temor
Que me tienen mis vasallos,
De su embravecida furia
Reprimió el ardiente brazo.

Yo, vuelto á Ramiro entonces,
Le dije: «Bien he mostrado
Que ha sido el intento mio
Defenderme, no mataros.
Volved á buscar al Rey,
Y haced, Ramiro, á su lado
El oficio que yo al vuestro
Hice con vuestros contrarios;
Que terciar yo en los conciertos
De Elvira y el rey don Sancho,
Ni es de su respeto injuria
Ni de su amor es agravio,
Pues antes hiciera ofensa
A su grandeza, si cuando
De olvidar á doña Elvira
Su real palabra ha dado,
Gobernase por su amor
Mis acciones, pues mostrando
De su fe desconfianza,
Le hiciera notorio agravio.»
Él me respondió: «Rodrigo,
Su enojo causó un engaño,
Con equivocadas razones
Que os escuchó, acreditado;
Que entendió que para vos,
Y no para el rey navarro,
De la hermosa doña Elvira
Conquistádes la mano.
Mas fiad; que pues á un tiempo
En vos, Villagómez, hallo
Obligacion para mí,
Y para el Rey desengaño,
Han de mostrar mis finezas
Que no puede hacer ingratos
La competencia ambiciosa
Los corazones hidalgos.»
Dijo, y partióse Ramiro;
Pero yo, considerando
Que es necia la confianza,
Y que es prudente el recato,
Me determiné á ocultarme,
Hasta que el tiempo ó los casos
Aplaquen del Rey la ira:
Y para este fin, trocando
Con un villano el vestido,
A las fieras y peñascos
De la montaña pedi
De mis desdichas amparo;
Y agora en la obscuridad
Y en el disfraz confiado,
Atropelló mi deseo
Los peligros, por hablaros.
Conde amigo, aconsejadme,
Cuando padecen naufragio
Mis pensamientos confusos
De vientos tan encontrados;
Que si resuelto pasarme
Fugitivo á reino extraño,
El mostrarme temeroso
En los desiertos hircanos
Y ni la amistad permite

RODRIGO.
Ramiro esgrimió el acero
Con ánimo tan bizarro
Y con tan valiente brio,
Que no suenan de Vulcano
Los martillos más aprieta
Que los golpes de su brazo.
Es verdad que yo intentaba
Defenderme, no matarlo;
Que respetaba en su pecho
A Alfonso, cuyo mandato
Era mano de su espada,
Como de su vida amparo.
Nunca las valientes lanzas
De escuadrones africanos
El rostro pálido y feo
De la muerte me enseñaron,
Y la vi en la fuerte espada
De Ramiro, ó por ser tanto
Su valor, ó porque yo
En ella miraba un rayo,
Como es Júpiter el Rey,
Por su mano fulminado.
Al fin, como el bosque espeso
Parece que procurando
Ponernos en paz, formaba
A nuestros golpes reparos,
Poniendo en medio á las dos
Espadas troncos y ramos;
Y nuestros agudos filos,
Sin advertir en su daño,
Sus árboles despojaban
De los adornos de Mayo;
Querelloso estremecía
Los montes y valles, dando
Con cada ramo un gemido,
Si con cada golpe un árbol.
O la fama ó el estruendo
Convocó de los villanos
Un ejército sin orden;
Y como precipitado
Con la avenida el arroyo,
A quien la lluvia en verano
Da con el caudal soberbia,
Con que presas rompe, campos
Inunda, troncos arranca,
Lleva de encuentro peñascos;
No de otra suerte la turba
De mis furiosos vasallos
Penetró el bosque, rompiendo
Los jarales intrincados;
Y cual la rabiosa tigre
En los desiertos hircanos
Embiste á quien le pretende

RODRIGO.
Tus consejos y tu amor
Me obligan, Jimena, tanto,
Cuanto me alegra que Alfonso
Haya tu error perdonado.
Mas ¿dijistele que estaba
En Valmadrigal don Sancho?

JIMENA.
Non, Rodrigo; que los cielos
Más sesuda me guisaron.
Non semejo fembra yo,
É me mandastes callario.

RODRIGO.
Por conocerte, de tí,
Jimena, no me recato.
Mas de Leonor, ¿qué me dices?
¿Está triste? ¿Han eclipsado
Las nubes de mis desgracias
De sus dos ojos los rayos?

JIMENA.
Magüer que el su amor cobija
En vuesa presencia tanto,
Non fallece de plañir
Su laceria é vuestos daños
Agora que vos non ve.

RODRIGO.
¿Ay mi Leonor! Si los hados
Se oponen á mis deseos,
¿Cómo podré contrastarlos?

JIMENA.
Escuchar quiero otrosi,

¡Oh divino encrinamiento!
¡Oh pergeño soberano
De los reyes, que ofendidos
Muestran su nobleza en cabo!
Rodrigo, la nombrada
Que endonaron los ancianos
De rey de las alimañas
Al Leon, non ye por tanto
Que en la posanza las vena
De las sus guarnidas manos,
Si non por ser además
De corazon tan fidalgo,
Que non fiere al homildoso,
Magüer que finque rabiando.
Alfonso de sí respuso
Con talante mesurado:
«Por ser fembra, é porque amor
Vos desculpa, non me ensaño,
É vos dono perdonanza.»
Así me fablaba, cuando
Volvió á le buscar Ramiro,
Dijendo que los villanos
Con el roido bollían
Soberbios é alterados,
É que á non le guarir vos,
Fincara muerto á sus manos.
Sin departir ende al,
Sobieron en sus caballos
Amos á dos, é en el bosque
A mas andar se alongaron.
Desta guisa aconteció.
Con su preito ha asegurado
Non vos empecer Alfonso;
Pero si vos, sin embargo,
Non tenedes seguridad,
Idvos con el rey don Sancho,
Pues vos endonar promete
En la su tierra un buen algo;
Que magüer que la palabra
Obriga á los reyes tanto;
Como nin venganza cabe,
Nin afrenta en ser tan alto,
Pues non ye cosa que pueda
Obscurar al sol los rayos;
Sandio, Rodrigo, seredes
En atender confiado
Nin la fe de un ofendido
Nin la piedad de un contrario.

RODRIGO.
Tus consejos y tu amor
Me obligan, Jimena, tanto,
Cuanto me alegra que Alfonso
Haya tu error perdonado.
Mas ¿dijistele que estaba
En Valmadrigal don Sancho?

JIMENA.
Non, Rodrigo; que los cielos
Más sesuda me guisaron.
Non semejo fembra yo,
É me mandastes callario.

RODRIGO.
Por conocerte, de tí,
Jimena, no me recato.
Mas de Leonor, ¿qué me dices?
¿Está triste? ¿Han eclipsado
Las nubes de mis desgracias
De sus dos ojos los rayos?

JIMENA.
Magüer que el su amor cobija
En vuesa presencia tanto,
Non fallece de plañir
Su laceria é vuestos daños
Agora que vos non ve.

RODRIGO.
¿Ay mi Leonor! Si los hados
Se oponen á mis deseos,
¿Cómo podré contrastarlos?

JIMENA.
Escuchar quiero otrosi,

¡Oh divino encrinamiento!
¡Oh pergeño soberano
De los reyes, que ofendidos
Muestran su nobleza en cabo!
Rodrigo, la nombrada
Que endonaron los ancianos
De rey de las alimañas
Al Leon, non ye por tanto
Que en la posanza las vena
De las sus guarnidas manos,
Si non por ser además
De corazon tan fidalgo,
Que non fiere al homildoso,
Magüer que finque rabiando.
Alfonso de sí respuso
Con talante mesurado:
«Por ser fembra, é porque amor
Vos desculpa, non me ensaño,
É vos dono perdonanza.»
Así me fablaba, cuando
Volvió á le buscar Ramiro,
Dijendo que los villanos
Con el roido bollían
Soberbios é alterados,
É que á non le guarir vos,
Fincara muerto á sus manos.
Sin departir ende al,
Sobieron en sus caballos
Amos á dos, é en el bosque
A mas andar se alongaron.
Desta guisa aconteció.
Con su preito ha asegurado
Non vos empecer Alfonso;
Pero si vos, sin embargo,
Non tenedes seguridad,
Idvos con el rey don Sancho,
Pues vos endonar promete
En la su tierra un buen algo;
Que magüer que la palabra
Obriga á los reyes tanto;
Como nin venganza cabe,
Nin afrenta en ser tan alto,
Pues non ye cosa que pueda
Obscurar al sol los rayos;
Sandio, Rodrigo, seredes
En atender confiado
Nin la fe de un ofendido
Nin la piedad de un contrario.

En esta ocasion dejáros,
Ni ausentarme de Leonor
El deseo de su mano;
Y si en las tierras de Alfonso
Su resolucion aguardo,
Es mi rey, tiene poder,
Es mozo y está enojado.

CONDE.
Villagómez, yo no puedo
Por agora aconsejaros;
Que estoy tambien de consejo,
Como vos, necesitado;
Pues porque esté más confuso,
Presumo que el rey don Sancho,
Por los indicios, de Alfonso
El amor ha sospechado:
Y así, resuelto, Rodrigo,
Dejar hoy de ser vasallo
De Alfonso, segun los fueros
En este reino guardados,
Por poder hacerle, uniendo
Mi poder al del Navarro,
O sin deslealtad la guerra,
Ó la paz con desagravio.
Y así, lo más conveniente
Es que aguardéis retirado
A que os dé mejor consejo
Lo que resulte del caso;
Fuera de que estos sucesos
El reino murmura tanto,
Que espero que brevemente
El Rey, para sosegarlo,
A su gracia ha de volveros.
Y con esto retiráos;
Que ya la rosada aurora
Anuncia del sol los rayos;
Y para que no arriesguéis
Vuestra persona, bajando
Vos al lugar, decid dónde
Cuando importe podré hallaros.

RODRIGO.
En la parte donde tiene
Principio en duros peñascos
La fuente que entre los olmos
Baja al valle.

JIMENA.
Yo he pisado
Mil veces esas peñas.

CONDE.
Adios pues.

JIMENA.
A acompañaros
Iré con mandado vuestro,
Hasta vos poner en salvo.
(Vanse.)

Salon del palacio de Leon.

ESCENA III.
RAMIRO, CUARESMA.

RAMIRO.
¿Cómo, siendo tan cobarde,
Has tenido atrevimiento
Para ponerte á mis ojos?

CUARESMA.
¿Engañéte yo? ¿Qué es esto?
¿Dijete que era valiente?
¿Derramé juncia y poleo?
¿Dos mil veces non te he dicho
Que al lado cino el acero
Solo por bien parecer,
Y que soy el mismo miedo?
¿Aqui de Dios! ¿En qué engaña
Quien desengaña con tiempo?
Culpa á un bravo bigotudo,
Rostriamargo y hombrituerto
Que en sacando la de Juanes,

Toma las de Villadiego;
Culpa á un viejo avellanado
Tan verde, que al mismo tiempo
Que está aforado de martas
Anda haciendo Madalenas;
Culpa al que de sus vecinos
Se querella, no advirtiéndolo
Que nunca los tiene malos
Él que los merece buenos;
Culpa á un ruin con oficio,
Que con el poder soberbio,
Es un gigante del Córpus,
Que lleva un picaro dentro;
Culpa al que siempre se queja
De que es envidiado, siendo
Envidioso universal
De los aplausos ajenos;
Culpa á un avariento rico,
Pobre con mucho dinero,
Pues es tenerlo y no usarlo
Lo mismo que no tenerlo;
Culpa á aquel que, de su alma
Olvidando los defectos,
Graceja con apodar
Los que otro tiene en el cuerpo;
Culpa, al fin, cuantos engañan;
Y no á mí, que ni te miento
Ni te engaño, pues conforme
Con las palabras los hechos.

RAMIRO.
Basta: bien te has disculpado;
Convénceme el argumento;
Mas admírame que falte
Valor á quien sobra ingenio.

CUARESMA.
Dios non lo da todo á uno;
Que piadoso y justiciero,
Con divina providencia
Dispone el repartimiento.
Al que le plugo de dar
Mal cuerpo, dió sufrimiento
Para llevar cuerdamente
Los apodos de los necios;
Al que le dió cuerpo grande,
Le dió corto entendimiento;
Hace malquisto al dichoso,
Hace al rico majadero.
Próvida naturaleza,
Nubes congela en el viento,
Y repartiendo sus lluvias,
Riega el árbol más pequeño.
No en solo un oriente nace
El sol; que en giros diversos
Su luz comunica á todos;
Y segun están dispuestos
Los terrenos, así engendra
Perlas en Oriente, incienso
En Arabia, en Libia sierpes,
En las Canarias camellos;
Da seda á los granadinos,
A los vizcainos hierro,
A los valencianos fruta,
Y nabos á los gallegos.
Así reparte sus dones
Por su proporcion el cielo;
Que á los demas agraviara
Dándole todo á uno mesmo.
Mostróle á Cristo el demonio
Del mundo todos los reinos,
Y dijole: «Si me adoras,
Todo cuanto ves te ofrezco.»
¿Todo á uno! Propio don
De diablo, dijo un discreto;
Que á Dios, porque los reparte,
Oponerse quiso en esto.
Solo ingenio me dió á mí:
Pues en las cosas de ingenio
Te sirve de mí, y de otros
En las que piden esfuerzo;
Pues un caballo se estima
No más que por el paseo,